

Nuñez de Arce, Gaspar
La visión de Fray Martin,
poema.

Canto I — 14 estrofas desiguales
de 7 a 53 versos
la última con coplas de 5 v.
interpoladas.

Canto II — 18 estrofas desiguales
de 7 a 57 versos

Canto III — 5 estrofas desiguales
de 13 a 46 versos
con 8 coplas de 8 versos
interpoladas en la
primera.

37 total

Milton A. Buchanan

LA VISION DE FRAY MARTIN.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE
(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA).

LA VISION
DE
FRAY MARTIN.

POEMA.

MADRID:
LIBRERÍA DE LEOCADIO LOPEZ, EDITOR,
CALLE DEL CÁRMEN, NÚM. 13.
—
1880.

IMPRENTA DE FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, 29.

CUATRO PALABRAS AL LECTOR.

El protagonista del nuevo poema que ofrezco al público es Martin Lutero. Mi objeto, al escoger este asunto, ha sido el de representar con los vivos colores de la fantasía las vacilaciones, incertidumbres y terrores que debieron conmover el espíritu del impetuoso agustino, ántes de que se decidiese á quebrantar los vínculos de la obediencia, á declararse en herética rebeldía contra Roma y á trastornar la paz del mundo cristiano.

El hombre, á pesar de su orgullo indomable, es un sér tan limitado y finito, que no conoce el alcance ni la duracion de sus propias obras, y no sabe siquiera lo que engendra en el órden físico ni en el intelectual. ¿Dará su vida á un idiota ó á un genio? La idea que fecunda en su cerebro ¿será el error de un dia ó una verdad que dominará la tierra y gravitará sobre los siglos? Lo ignora. Instrumento misterioso de la voluntad divina, ajeno á los fines providenciales en cuya realizacion interviene, no obs-

tante, como agente principal, cumple su mision sin comprenderla, y no sin íntimo convencimiento de esta verdad, dice Bossuet con elocuencia avasalladora, que «el hombre se agita y Dios le conduce.»

Lutero y las potestades de su época no se dieron cuenta exacta del movimiento religioso y social en que eran importantes actores, hasta que el mal no tuvo remedio y el cisma sobrevino. El oscuro fraile de Witemberg no creía, al principio, inferir ninguna herida á la Iglesia, combatiendo el tráfico que entónces se hacía de las Indulgencias; Leon X, espíritu generoso y suave, se reía de las agudas argumentaciones del doctor agustino, celebrando á veces su ingenio; el invicto Cárlos V exclamaba, al verle, con aire distraido y desdeñoso:—¿Y éste es el hombre que ha de trastornar mi imperio?—Enrique VIII le escarnecía con burlas acerbas, y las más perspícuas inteligencias de Italia se encogían de hombros, no pudiendo comprender que un bárbaro, como le llamaban, tuviese fuerzas bastantes para turbar la paz del catolicismo y remover el mundo. Pero llegó un momento en que todos se espantaron de lo que habían hecho y de lo que no habían impedido, como sucede siempre en las grandes catástrofes de la tierra; Lutero amedrentado quiso, más de una vez, retroceder, y no pudo; el Pontífice intentó cortar el incendio cuando ya era difícil conseguirlo, porque las llamas habían prendido en toda la cristiandad; Cárlos V se vió empeñado en guerras sangrientas,

promovidas por la doctrina de aquel mísero fraile que había despreciado, y Enrique VIII, el defensor de la fe, arrancaba violentamente su reino á la obediencia de Roma, instigado por la más torpe y desordenada concupiscencia. Lo que parecía en su orígen sutileza teológica, queja contra determinados abusos, cuando más, apasionada reyerta entre dos órdenes religiosas rivales, dominicos y agustinos, era en realidad el alumbramiento de trascendental y asombrosa revolucion, que no ha terminado todavía, y Dios sabe cuándo tendrá fin.

La contemplacion en la Historia de este extraordinario acontecimiento, al cual debe, en gran parte, nuestra generacion, el estado de inquietud en que vive, me ha inspirado este poema, que he escrito como un desahogo, por decirlo así, de mi corazon y de mi espíritu. No he tratado de hacer una obra crítica, sino un estudio puramente psicológico en la esfera del arte, y se engañaría quien atribuyese á mi trabajo otra intencion y diversa tendencia. En él no juzgo, ni acrimino, ni absuelvo; me limito á pintar las angustias de un alma en los momentos supremos de su transfiguracion y de su caída. Los silenciosos combates de la fe y de la duda en lo más hondo de la conciencia humana, han ejercido constantemente sobre mí, atraccion irresistible, tal vez porque reflejan uno de los conflictos morales más frecuentes en nuestro siglo, donde son pocos los entendimientos bienaventurados que ven siempre

diáfano y sereno el cielo de su creencia, y no se sienten atormentados por internas y borrascosas contradicciones.

Hecha esta aclaracion, que me parece necesaria para evitar aventurados juicios y comentarios injustos, nada más tengo que decir, y termino recomendándome á la buena voluntad de mis lectores.

24 de Febrero de 1880.

G. Nuñez de Arce.

LA VISION

DE

FRAY MARTIN.

(WITEMBERG, 15...) (1)

CANTO PRIMERO.

I.

Era una noche destemplada y triste
del invierno aterido. Lentamente
la nieve silenciosa descendiendo
del alto cielo en abundantes copos,
como sudario fúnebre cubría
la amortecida tierra. Cierzo helado
azotaba los árboles desnudos
de verde pompa, pero no de escarcha,
y, conmovidos por el recio choque,
parecían lanzar en las tinieblas
los duros troncos, lastimeros ayes.

II.

La ciudad descansaba. De repente
turbó su sueño el lúgubre tañido
de la campana, que con voz sonora
desde la torre á la oracion llamando,
en sus vibrantes notas contenía
todo el siniestro horror de aquella noche,
negra y glacial, como el ingrato olvido
de la mujer amada.

III.

Era la hora
de los maitines en el viejo templo
de Padres Agustinos. Taciturnos
y soñolientos, la capucha vuelta
sobre la faz rugosa, y con los brazos
en las flotantes mangas escondidos,
por el gótico claustro del convento
los frailes avanzaban hácia el coro.
Las moribundas lámparas que ardían

de trecho en trecho, el claustro iluminaban
con esa claridad tibia y confusa,
más espantable que la misma sombra.
Y allá léjos, muy léjos, en el punto
do se perdían sus inciertos rayos,
—como en el lapso, perceptible apénas,
en que la luz crepuscular se extingue
y cede el paso á las nocturnas horas—
próximo al muro, tosco crucifijo
de colosal tamaño descollaba,
despertando en el alma esos terrores
vanos, pero invencibles, que el silencio
forja en la oscura soledad.

IV.

El claustro
quedó poco despues desierto y mudo,
y entónces un humilde religioso
de su celda salió. Cual si cediese
á irresistible impulso, ante la imágen
del Santo Redentor, que en la penumbra
sus enclavados brazos extendía,

con sorda agitacion cayó de hinojos;
ronco gemido levantó su pecho,
como levanta las dormidas olas
del mar la tempestad; copioso llanto
rodó por sus mejillas descarnadas,
y reclinando en la marmórea piedra
su demacrado rostro, oró un momento.

V.

El preludio del órgano, inseguro,
débil y torpe cual la voz del niño
que la palabra indómita balbuce,
súbitamente interrumpió el reposo
del sagrado retiro, y la profunda
contemplacion del afligido hermano.
Sacudió la cabeza cual sacude
el caminante su nevada capa
cuando al hogar hospitalario llega,
y arrojando de sí los pertinaces
recuerdos, suspiró, besó contrito
la helada losa, y penetró en el coro.

VI.

Él faltaba no más. Saludó el ara
con fe devota, y ocupó su asiento
en la esbelta y tallada sillería
donde esculpió la primorosa mano
de hábil artista el trágico poema
de nuestra santa Redencion. La roja
y amortiguada llama de los cirios,
que junto al facistol se consumían
con áspero y tenaz chisporroteo,
alumbraba la augusta ceremonia.
El órgano, hasta entónces vacilante,
rompió, como ruidosa catarata,
en raudales de mística armonía,
y cual aves que salen de sus nidos
al llamarlas el sol, ágiles notas
en tropel la alta bóveda inundaron,
ya graves, ya sumisas, ya imponentes.
Despues el rezo comenzó.

VII.

¿Quién oye
sin alterarse el recogido acento,
el unísono cántico que elevan
á Dios las almas puras, olvidadas
del mundo y de sus locas vanidades?
¿Quién no siente de lágrimas henchidos
los ojos? ¿Quién no tiembla y se estremece
cuando en la nave colosal retumba,
con la terrible majestad del trueno,
ese coro magnífico y sublime,
mitad imprecacion, mitad sollozo,
en que parece que palpita y llora
abrazado el dolor á la esperanza,
como un esposo al cuerpo inanimado
de la mujer á quien amó rendido?

VIII.

Los salmos de David son como el viento,
que apacible y sutil el campo orea,

grana la mies, y en melodiosas arpas
los corpulentos árboles convierte.
Mas luégo fiero y desatado troncha
los más robustos troncos, las campiñas
y los poblados tala, hincha los mares
revolviendo las olas, y el espacio
con sus bramidos espantosos llena.
Tambien el canto del salterio enjuga
el lloro acerbo, vierte en las heridas
consoladores bálsamos, conforta
al débil, da vigor al oprimido,
y al enfermo, salud. Mas ¡ay, si estalla
en sus tremendas notas el enojo!
¡Ay, si el céfiro blando se trasforma
en huracan desenfrenado! Entónces
abate á los soberbios, aniquila
la maldad orgullosa, y hasta aventa
el olvidado polvo de las tumbas.
¡Oh canto de piedad y de castigo!
Por tus sacros versículos parece
como que escucha el ánimo suspenso
rodar todo el estrépito del mundo:
tronos que se desploman, muchedumbres

que arrastra la pasion, sordo rugido
de la plebe sin Dios, desesperadas
blasfemias, estertores de la muerte,
todo en el arpa del Profeta vibra.
—Es como el mar la humanidad: ni calla
ni se detiene. En su perpétuo curso
cada generacion lanza su queja,
como cada ola su rumor. Furioso
el vértigo del tiempo la arrebata,
y clama sin cesar de siglo en siglo:
—¡Misericordia, oh Dios, misericordia!—
¿Concentran ¡ay! los inspirados salmos
tan perdurable afan?

IX.

Con impaciente
celo, como quien busca en la plegaria
fuerza para domar las tempestades
del oprimido corazon, el monje
recien llegado al religioso coro
unió su voz entrecortada y dura.
Los que gemís en las mortales noches

de prolongado insomnio, en que vacila
la fe, se ofusca la razon, y pliega
la esperanza sus alas, como el ave
ya próxima á espirar; los que del fondo
del pensamiento, en tan horribles horas,
sentís nacer la alborotada idea,
grande como Luzbel, como él impía,
tentadora y rebelde; los que en lucha
tenaz con la conciencia amedrentada
veis lentamente oscurecerse el cielo
y pasar en revuelto torbellino
las ilusiones y crëencias, una
tras otra, cual las chispas fugitivas
de ardiente hierro sometido al yunque:
vosotros ¡ay! en el medroso acento
y en el fervor acongojado y hondo
con que el mísero fraile á Dios llamaba,
sentido hubiérais palpitar la duda,
la duda insana, la ansiedad suprema
del náufrago infeliz que, arrebatado
por las rugientes y encrespadas olas,
mira á lo léjos la risueña playa,
insensible á su mal.—Mas de improviso

calló, fijando los turbados ojos
en el gótico altar, que en lo profundo
del templo opacamente aparecía.
Y creyó ver que en la desierta nave
como negro vapor se condensaban
las palabras del salmo, los acordes
armoniosos del órgano, su misma
voz, de zozobras llena, y hasta el eco
que resonaba en los macizos muros.
Los bíblicos lamentos, los dolientes
ayes y los versículos sublimes
que del coro monástico surgían,
dijérase que en raudas espirales
iban á hundirse en la profusa niebla,
espesándola más. Luégo del seno
de aquella masa lóbrega, conjunto
de quejas, y suspiros, y clamores
en concertado són, cada gemido,
cada plegaria, cada voz, cobrando
sér, cuerpo y expresion de un pensamiento,
de una muerta memoria ó de una pena,
en mezcla tumultuosa á la mirada
del aturdido fraile se mostraron.

X.

Poblóse la ancha bóveda de informes
y fantásticos seres, que en horrenda,
vertiginosa danza, en incesante
giro, en contínuo movimiento, como
nocturnas aves por el aire vago,
agitaban sus alas no sentidas.
Las recónditas ánsias, las pasiones
dormidas, los recuerdos importunos,
que hasta del claustro en el retiro humilde
rompen la paz de la existencia humana,
en la insondable sombra revivieron;
y cuantos vicios escondidos yacen
en lo oscuro del alma, allí en confuso
turbion, tomando caprichosas formas,
cruzaban cual relámpagos. La gula,
la codicia, el rencor, la hipocresía,
larvas de humano rostro, serpeaban
con cárdeno fulgor en las tinieblas.
Y la pálida envidia, el vil recelo,
la iracunda ambicion, el hondo hastío,

monstruos disformes de aceradas garras,
ávidas fauces y órbitas de lumbre,
con inquieto furor se retorcían.
Como indeciso rayo de la luna
en tormentosa noche, contrastando
con las visiones lívidas, que el miedo,
la pasion despechada, acaso el crímen
en la espantosa soledad engendran,
la fe sencilla y crédula que busca
su patria celestial, de luz vestida,
los tenebrosos ámbitos surcaba.
Allí la voz en que el amor profano
se revuelve ignorado y contenido,
como el fuego volcánico en las duras
entrañas de la tierra, revestía
gallardas formas de mujer. ¡Cuán fácil
mostrábase al amor, desnudo el seno
y palpitante, la febril mirada
incitando al placer, y la entreabierta
boca ofreciendo al corazon lascivo
un ósculo sin fin como el deseo!
Desgreñadas orgías, imposibles
sueños de la abstinencia, abrumadores

votos de castidad, que en las vigilias
del claustro brindan en dorada copa
á la sed de las almas hiel hirviendo,
con satánica burla le acosaban.
Allí la pena, y el amor, y el odio
lloraban en silencio; allí la culpa
se destrozaba el oprimido pecho.
El gesto y la expresion de aquella hueste
de siniestras visiones daba espanto:
lleno estaba el espacio de sollozos
que se quebraban sin sonar; ni un grito,
ni un suspiro, ni un ¡ay! la interminable
y fantástica ronda interrumpían (2).

XI.

El fraile, jadeante y confundido
cual si tomara en la incesante rueda
parte activa tambien, la deslumbrada
vista alejó de la imponente nave,
clavándola en el suelo. ¡Ay! Pero nunca
hiciera tal. Horripilante cuadro,
que heló su sangre, y de sudor de muerte

cubrió sus miembros rígidos, de pronto
hirió su trastornada fantasía.
Frios y descarnados esqueletos
recien salidos de sus tumbas, mudos,
inmóviles y absortos, con los brazos
tendidos, en la iglesia se agolpaban
de espaldas al altar, mirando al coro,
y animaba sus mustias calaveras
mueca infernal, incomprensible, oscura.
Lloraban? ¿Se reían? ¿Aquel gesto
era de escarnio ó de dolor? Vedado
está el misterio á la razon del hombre.
¿Quién interroga á los sepulcros? Nadie
sabrá jamás lo que en su abismo encierran.
¿Es la vida? ¿Es la muerte? ¿Es el principio?
¿Es el fin? ¿Es la nada?... ¡Eterno enigma!—
¡Este es el mundo! El vértigo en su altura;
abajo, la bullente podredumbre,
y en el altar, la sombra.

XII.

Ante el medroso
hormiguero de espectros, que ofuscaba

su juicio y su conciencia, con lamento
desesperado y penetrante, el monje
pidióle amparo á Dios, y alzóse al punto
de las tinieblas virginal figura
hermosa y fulgurante, pero triste.
Larga, enlutada túnica cubría
sus púdicos contornos, cual celaje
que vela el blanco disco de la luna
sin amenguar su resplandor; sus ojos
no lanzaban las ráfagas de fuego
que en la núbil pupila amor enciende,
pero brillaban trasparentes, puros,
como los astros en tranquila noche
de caluroso estío; su ondulante
y negra cabellera, en destrenzadas
hebras por la ancha espalda descendiendo,
con doble encanto resaltar hacía
la grave y melancólica hermosura
de la celeste aparicion, envuelta
en una claridad como de aurora.
Pintábase en su faz meditabunda
y pálida el dolor; ese infinito
dolor que azora el corazon humano

cuando busca y no encuentra, cuando mira
y no ve, cuando lucha y desfallece (3).

XIII.

Cruzando leve el círculo movible
de seres impalpables, que llenaban
la bóveda espaciosa, la serena
vision, rompiendo el aire, entró en el coro,
y en el respaldo del sitial labrado
en que convulso el fraile padecía
tan tremendas angustias, silenciosa
apoyó dulcemente el blando seno.
Vióla el monje llegar, cerró los ojos,
y al través de los párpados, más viva
la imágen percibió; sintió unos brazos
que le estrechaban afanosos; luégo
un ósculo glacial, que á un tiempo mismo
le helaba el corazon y le encendía
la mente; luégo penetróle el alma
una voz regalada y cadenciosa,
como suspiro de amorosa vírgen;
voz que, temblando, le decía:—Deja

que te abrace otra vez. ¿ Quién este nudo
podrá ya desatar? ¡Ven! Te he besado
y ya eres mío, ¡para siempre mío! —

XIV.

El coro, en tanto, sus pausadas preces
alzaba á Dios; el órgano en *crescendo*
solemne y grave, el templo estremecía,
y la vision radiante á cada salmo
contestaba con otro, cual contestan
el eco al grito y el dolor al golpe.

CORO DE FRAILES.

¡Ay! Bienaventurado
el varon que se humilla
y no escucha el consejo del malvado,
ni en la manchada silla
de ciegos burladores se ha sentado.

LA VISION.

Si en seguirme consientes,
pide, y mi amor te colmará fecundo

de dones y presentes;
tuyos serán los términos del mundo
y te daré por heredad las gentes.

CORO DE FRAILES.

Párate, que resbalas;
la tentacion desprecia
y huye de falsas y mentidas galas;
que si el peligro arrecia,
te esconderé en la sombra de mis alas.

LA VISION.

¿Vacilas? Ten aliénto,
y no el torpe recelo te confunda;
eleva el pensamiento,
y libre como el pájaro en el viento,
quebranta tu cadena y tu coyunda.

Rígido, incierto, atormentado acaso
por ocultos deseos, hasta entónces

nunca sentidos, y que el leve acento
de la vision en su interior movía,
volvióse el fraile, y preguntó azorado:
—¿Quién eres? ¿Qué pretendes? ¿Por qué alteras
mi oracion y mi paz?—¿No me conoces?—
le respondió, atrayéndole afanosa:
—Yo soy, mírame bien, algo que vive
y algo que ha muerto en tí. Soy una llama
que surge de improviso en el abismo
de tu inquieta razon. ¡Yo soy la Duda!
Al oir esto, irguióse el sacerdote,
y acometido de mortal desmayo,
quiso escapar de allí, mas vino á tierra
como la encina rota por el rayo.

CANTO SEGUNDO.

I.

Miéntras los frailes, á piedad movidos,
el cuerpo de su hermano recogían,
lívido, mustio, cual si el soplo helado
de la implacable muerte hubiese roto
su frágil existencia, el alma libre
abandonaba su prision oscura
breves instantes nada más, y asida
á la flotante túnica enlutada
de la hermosa vision, llena de asombro
se preparaba á levantar el vuelo.

II.

Del mismo modo que el metal fundido
recibe y guarda la impresion del molde
que inflamado y rugiente le contuvo,

el alma incorruptible conservaba
la forma corporal, y como el rayo
de luz, que aún flota en la infinita esfera
despues de extinto el astro esplendoroso
de cuyo seno se escapó, la imágen
del sér, al mismo sér sobrevivía.

III.

Obedeciendo á superior impulso
como la débil hoja que arrebata
aura otoñal y el remolino lleva,
apartóse del cuerpo inanimado
do refugiada estuvo, que en el coro
inerte y cadavérico yacía;
no sin fijar en él tierna mirada
de lástima y amor.

IV.

Hasta el cautivo
llega á cobrar cariño á la cadena
que le sujeta el pié, si al duro peso

le acostumbran los años; hasta el ave
que encarcelada y entre hierros vive,
cuando quebranta su prision, la llora,
y sola, triste, sin amor, sin nido
lamenta, agonizando, en la espesura
su inútil libertad. ¿Cómo podría
el alma desterrada, cuando vuelve
á su patria inmortal, dejar gozosa
al compañero humilde que en la tierra
prestóle amparo y le ofreció un asilo?
Él compartió con la infeliz proscrita
su pobre lecho, el único que pudo
cederla en su miseria, y el escaso
pan de sus breves alegrías; siempre
sumiso y dócil le brindó sus ojos
para llorar, para sentir sus nervios,
para pensar su mente, y su palabra,
y su sangre, y su accion; sin él la idea,
como Titan paralizado, nunca
el monte que la agobia rompería:
fuera un impulso sin objeto, un rayo
de sol ahogado por la noche, un mundo
en el seno del caos. Cuando le alienta

del entusiasmo ó de la fe la llama,
combate sin cesar, y si es forzoso
morir, se entrega al sacrificio, y muere.
Por él tiene sus mártires la augusta
verdad, sus nobles víctimas la ciencia,
la caridad sus héroes, y el crímen
sus terrores profundos; él se arroja
sin temor, convencido ó resignado,
á las fieras del Circo, á las borrascas
del mar, á las angustias de la vida
y á los abismos de lo ignoto. ¡Oh frágil
y deleznable arcilla donde mora
el alma contenida, mas no esclava!
¿Cómo dejarte sin pesar? El mismo
Dios, que te honró, cubriendo su grandeza
con tu envoltura material, no pudo
separarse de tí sin hondo duelo.

V.

Por la Vision doliente conducido
el temeroso espíritu del fraile
surcó el espacio lóbrego y callado;

pero en la densa oscuridad sus ojos
incorpóreos veían, y el silencio
para él tenía incomprensibles voces.
Descubrió de repente abrupta roca (4),
cuyo invisible arranque parecía
surgir de las entrañas del infierno,
y cuya cima inaccesible envuelta
en sosegado piélago de lumbre,
ni el águila, que mira de hito en hito
del sol la intensa luz, resistiría.
El principio y el fin del escabroso
y aislado risco á la razon humana
le está vedado conocer; ocultan
las tinieblas más hórridas su base,
y defiende su cumbre el increado
resplandor que despide, siempre vivo.
Con lenta gradacion iba creciendo,
segun subía en espiral, la llama
profusa do la cúspide sublime
sus ásperos contornos escondía,
hasta llegar á ser, como la sombra,
más que la misma sombra, impenetrable
la corona de fuego de la altura.

VI.

El alma y la vision su raudo vuelo
abatieron, posándose en la cresta
de cortadura ingente, que rasgando
la roca escarpadísima, llegaba
desde los lindes de la luz difusa
á los grados más ténues de la sombra.
Y allí de pié sobre la peña escueta
inmóviles se alzaban, como grupo
escultural sobre columna enorme,
cuando la tarde, al espirar, confunde
las formas y el color.

VII.

Ambas tendieron
hasta el confin de la penumbra inmensa
la vista audaz, desde el tajado pico
por cuyas quiebras con fragor caían,
como torrente de espumosas ondas,
los siglos despeñados de la cumbre;

é impasibles y absortas, del linaje
de Adan el rumbo incierto contemplaron.
Era la marcha fatigosa: agudas
zarzas, angostos precipicios, tristes
desfiladeros, páramos incultos,
sin un arroyo límpido y sereno
en que templar la sed, sin un abrigo
donde buscar reposo, embarazaban
la senda, que enroscándose subía
por el agrio peñon, como escamosa
y gigantesca sierpe. Inquieta, torpe,
dejando impreso por doquier el rastro
ensangrentado de sus piés desnudos,
ó á cada paso en las breñosas puntas
su desgarrada carne, aquel camino
la humanidad seguía, y avanzaba
cayendo y levantando; pero siempre
la vista fija en la inmutable lumbre
que irradiaba del monte.

VIII.

Horrendas luchas,
impensadas catástrofes y fieras

venganzas la diezmaban de contino.
En tribus dividida, y en naciones,
y en imperios, y en razas ¡cuántas veces
las tribus, las naciones, los imperios
y las razas enteras, cual rebaño
que ciego se derrumba y precipita
se despeñaban en tropel! ¡Y cuántas
desparecian por completo, como
la débil nave que la mar sepulta!
Todo, todo se hundía en la insondable
vorágine del tiempo. Leyes, usos,
monumentos y gloria, hasta los mismos
dioses, temblando de pavor, rodaban
al fondo de la sima, nunca llena.

IX.

Los siglos arrollaban á los siglos
en turbulento curso, cual las olas
arrollan á las olas, y su paso
era raudo y fugaz, que en su potente
fermentacion, naturaleza activa
absorbe cuanto crea, y cuanto absorbe

vuelve á crear infatigable. Todo
era efímero allí, ménos el Verbo,
el luminoso Verbo, la palabra
humana, que flotaba sobre el mundo,
como al romperse el caos, sobre los mares
aún mudos y dormidos, el inmenso
espíritu de Dios. Cuando los vastos
imperios sucumbían; cuando el hondo
abismo devoraba las naciones
y las podridas razas; cuando viento
de tempestad, en polvo convertidos
derribaba los dioses, el radiante
Verbo, sobrenadando, trasmitía
la herencia, el pensamiento y la memoria
del pueblo muerto al pueblo que llegaba.

X.

Pálida, sigilosa, descargando
certeros golpes por doquier, la muerte
en pugna eterna con la vida, el aire
envenenaba con su helado aliento,
y en pos, blandiendo sus cortantes hoces,

iban sus hijas, la ambicion, la peste,
el hambre y la discordia. Sin reposo
sobre la humana especie revolaban,
como bandadas de voraces buitres
que acuden al festin de la pelea,
y perseguían con perenne furia
la vida hasta en el átomo impalpable.
Pero extremaban su rencor en vano;
pues cual simiente que en el fértil surco
cae y germina, cada sér vencido
en la revuelta lid, de nuevos seres
orígen era, y parecida á Anteo,
la disuelta materia renacía
al tocar en la tierra, más pujante,
más rica, más espléndida, más vária.
¡Oh generosa vida, que conviertes
hasta el sepulcro en cuna y sólo entregas
á la insaciable destruccion, la forma
perecedera y ruin ¡mil veces salve!
¡Mil veces salve! Tu ánfora divina
nunca se agota. Pueblas el espacio
de incalculables mundos, y los mundos
de innumerables seres, que revisten

las más diversas formas; tú fecundas
lo pequeño y lo grande, lo finito
y lo infinito, el átomo y el cielo.
¡Vida, aliento de Dios, mil veces salve!

XI.

Desde la enhiesta y solitaria roca
contemplaba el espíritu del monje
el viviente espectáculo, que apénas
llegaba á comprender. Extrañas gentes,
de distinto color, de opuestos ritos
y múltiples costumbres, afluían
al áspero sendero, como afluyen
los rios á la mar. Allí el etiope,
el escita, el que acampa en los desiertos
del África recóndita, el que bebe
las turbias aguas del sagrado Ganges,
el índio errante sin hogar ni patria,
que al través de las selvas primitivas
su ley, su Dios y hasta sus muertos lleva,
el que milita en la escogida hueste
de Cristo, el que le niega ó le desdora

y da su vida en holocausto impuro
al triunfal carro de mentidos dioses
por el error vencido ó por el miedo,
en la escabrosa senda se agolpaban.
Pero ¡oh misterio incomprensible! Aquella
vária y revuelta multitud, que á impulsos
de opuesta fe, de símbolos distintos,
y de contrarias religiones, iba,
siempre en interna y perdurable lucha,
el humano raudal acrecentando;
su afan, sus esperanzas, sus temores,
sus pensamientos íntimos, fundía
en una sola aspiracion.—¡El cielo!...
¡Patria soñada de las almas, trono
de un Dios excelso á nuestra vista oculto,
cuyo poder, con vibracion sonora,
celebran en la bóveda infinita
los átomos, los mundos y los soles!

XII.

El cuadro era sublime. Por el fondo
de la cuesta fragosa, do las brumas
iban aglomerándose, las razas

inferiores marchaban, con incierto
paso y cobarde indecision. Las torvas
pasiones, los bestiales apetitos
y los bárbaros cultos, se imponían
allí en la oscuridad, que, como el fango
crea reptiles venenosos, crea
la ignorancia tambien monstruos horribles.
—¿No es, por desdicha, el fango de la mente?—

XIII.

A medida que el límite sombrío
iban salvando, y lentos se acercaban
á las fronteras de la luz, aquellos
pueblos se engrandecían, como crece,
buscando el sol, la planta trepadora
que arraiga en la pared. Segun subían
hácia la viva claridad, su juicio
se agigantaba, sacudiendo el yugo
del instinto brutal, y al pensamiento,
dominador del mar y de la tierra,
la fuerza primogénita cedía
su fuero indisputado. A Esaú velludo
reemplazaba Jacob.

XIV.

Por el promedió
del agrio monte, en donde humanos ojos
fijarse pueden sin cegar, los pueblos
avanzaban de Europa; iba delante
Roma sacerdotal, la sacra Roma,
que el cetro de los Césares trocando
por el cayado del Pastor, cual nunca
era señora y árbitra del mundo.
¡Jamás autoridad más formidable
sobre la tierra gravitó; las almas
y los cuerpos, los muertos y los vivos,
el pensamiento y la esperanza, todo
se doblegaba á su poder supremo!
La fe le daba apóstoles y esclavos,
la religion fervientes defensores,
el atroz fanatismo sus verdugos,
sus fantasmas el miedo, sus angustias
el corazon culpado ó receloso.
Nada en el orbe amedrentado había
más alto que ella; su invencible signo

sobre la áurea corona de los reyes
se levantaba abrumador; la torre
sobre el hogar, sobre la tierra el cielo.
¡El cielo, cuyas puertas de diamante
se abren ó cierran á su voz! La santa
y redentora Cruz, era el amparo
del débil, el valor del oprimido
y el espanto del réprobo. Por ella,
febril é insomne el déspota orgulloso
se revolcaba en su dorado lecho;
por ella el triste, el mísero, el desnudo,
el perseguido, el siervo, abandonaban
la ingrata vida sin odiar al hombre,
ni renegar de Dios único y trino.

XV.

Sobrecogida el alma de respeto,
oraba, viendo la Ciudad Eterna
que dirigía el movimiento humano
agitarse á sus piés. Pero de pronto
se estremeció de horror; rojos vapores
de sangre hácia la cúspide ascendían,

y en el aire espesándose, tomaban
de alado espectro la terrible forma.
La bestia apocalíptica que en Patmos
vió el inspirado Juan, la bestia enorme
de hirsutos piés, de coronadas astas
y bocas de blasfemia, sobre Roma
se dilataba como nube ardiente.
Su siniestro fulgor reverberando
en la ciudad monumental y excelsa,
la iluminaba cual voraz incendio,
y á su rojizo resplandor, los muros,
arcos, pórticos, templos y obeliscos
que en su recinto amontonó la gloria,
destacábanse negros, cual si fuesen
las calcinadas vértebras de un monstruo
por el fuego celeste devorado.
Buscaba el alma con creciente anhelo
la Cruz por todas partes, y por todas
la vió rota ó volcada; parecía
que la Ciudad adúltera en su culto
reintegraba á los dioses decaídos.
¿Dónde estaba Jesús? ¿En dónde estaba
María, madre del dolor humano

y estrella de los mares procelosos?
¿En dónde estaba la verdad? ¿En dónde?
La erudicion infatigable; el arte
hermoso, pero idólatra; la ciencia
incrédula ó rebelde; los deseos
como sátiros, sueltos, se rendían
á la más ciega admiracion pagana.
Uniendo el sacrilegio, á la torpeza
de *Moisés* bajo la austera forma (5)
Júpiter palpitaba; la afrodita
Vénus bajo las tocas virginales
de la Madre de Dios, si es que el lascivo
pintor la imágen de su amor profano
á su lienzo inmortal no trasladaba.
Las estatuas desnudas, los obscenos
cuadros, los libros licenciosos, eran
más que ornamento, escándalo y ludibrio
de la mansion pontifical; sus muros,
donde tan sólo resonar debían
místicas oraciones, con el coro
de vergonzosas farsas retumbaban.
Ritos, costumbres, ceremonias, usos
de la Roma gentílica, surgiendo

de sus clásicos antros removidos,
cual el hedor que de las tumbas sale
apestaban la tierra, y lentamente
iban velando el resplandor fecundo
de la gloriosa Cruz (6).

XVI.

De espanto llena,
vió el alma por los ámbitos sombríos
hosco cruzar y lívido el espectro
del papa Borja, con crispada mano
sacudiendo su túnica empapada
de hirviente sangre, y vió que cada gota
en lúgubre fantasma convertida,
iba aumentando la legion siniestra
de vengadoras víctimas que al monstruo
con sordos anatemas acosaban.
Descubrió luégo la iracunda sombra
del papa Julio, de áspero semblante
y mirada tenaz, que revestido
de milanesa cota y férreo casco,
con belicoso ardor, en lid sañuda,

rezaba y combatía, al propio tiempo
bendiciendo y matando con su espada.
Y oyó tras esto el eco estrepitoso
de las brutales risas con que Roma
acogió torpe la piedad severa
del pontífice Adriano, fugitivo
rayo de luz, que iluminó un momento
aquel antro de crímenes y orgías.

XVII.

Ante este cuadro de ignominia, el alma
al cielo alzó las impalpables manos,
cayó de hinojos en la roca viva,
escondiendo su faz, y con acento
que en su conciencia resonó tan sólo
cual queja acusadora:—¡Oh, Roma!—dijo—
¡Roma! ¿Qué has hecho de mi Dios?—

XVIII.

Entónces,
como si su patético gemido
diese al fantasma portentosa vida,
la vision imponente de la Duda

creció, se irguió, se dilató cual nube
que el claro espacio de improviso invade,
y de sus ojos desbordó la sombra
como una inundacion; fijó su triste
y amorosa mirada en el confuso
espíritu del monje, que en la dura
y estéril peña oraba prosternado,
y un silencio mortal reinó en la altura.

CANTO TERCERO.

I.

Entregada al dolor, miéntras reñían
decisiva batalla en su conciencia
la fe imperiosa y la razon rebelde,
el alma en su actitud desconsolada
largo rato gimió.—La interna lucha
del pensamiento que á dudar se arroja,
no cuesta sangre, ni ocasiona heridas,
pero siempre es mortal.—Acrecentando
del abatido espíritu la pena,
la voz de la vision, que, como el eco
de música lejana, dulcemente
del pobre monje acarició el oído,
así le habló con ritmo cadencioso.

LA VISION.

Al cabo se cumplieron
las santas profecías
y Babilonia impura
esclavizó á Isräel.
Pero contados tiene
la iniquidad sus dias
y á realizarse empiezan
los sueños de Daniel.

Sus olas cenagosas
la corrupcion extiende;
estallan por doquiera
los síntomas del mal;
en público mercado
la salvacion se vende,
y cubre densa bruma
la Cruz pontifical.

La mano que bendice
de sangre está teñida;
la simonía avanza
de la soberbia en pos;
el claustro es madriguera
donde la culpa anida,
y de sus propias aras
está proscrito Dios.

envuelta en las guerras

los abusos y vicios de los conventos

Atrévete, y derriba
con indignada mano
el ídolo que usurpa
su trono á la virtud.
Quebranta las cadenas
del pensamiento humano,
y rompe de las almas
la torpe esclavitud.

esto era el programa de Luther, nada de Teológico

Despierta las conciencias
que embrutecidas duermen,
y el mundo alborozado

se postrará á tus piés.
En el profundo surco
arroja el vivo gérmen,
y los futuros siglos
recogerán la mies.

No es digno de ser hombre
quien en silencio llora.
¿Por qué no se aventura
tu firme voluntad?
Airado busca el cielo
la espada vengadora,
que ataje la gangrena
de la presente Edad.

La imprenta infatigable
te prestará su ayuda
contra el poder que eclipsa
los timbres de la Cruz.
Que el Verbo, ántes hundido
en servidumbre muda,

por Guttemberg librado
ya es voz, ariete y luz.

El mal en sus entrañas
oculto el cáncer lleva,
y al más ligero impulso
deshecho rodará.
Que si en la muerte sólo
la corrupcion se ceba,
todo lo que aparece
podrido, muerto está.

Calló la voz, y el alma consternada
sintió, vencida en interior combate,
su fe heredada vacilar, cual suele
peñon movible en eminente sierra
retemblar por los vientos sacudido.
¡Ay, que no es fácil arrancar del fondo
del corazon humano, las memorias
de la edad infantil! Sencillas preces

que amante madre en su regazo tierno
nos enseñó á rezar ¿quién os olvida?
El templo augusto do por vez primera,
con religiosa admiracion, alzamos
el pensamiento á Dios; la pila, el ara;
el Crucifijo humilde, santa herencia
de la familia, que en el trance duro
de la agonía, el postrimer aliento
de los que fueron recogió; la torre
de la natal aldea, á cuya sombra
se cobijan los rústicos hogares,
cual tímidos polluelos en su nido,
bajo el ala materna; la solemne
y monótona voz de la campana,
que en otro tiempo al despuntar la aurora
y al declinar la tarde, parecía
invitarnos á orar, dulces recuerdos
son de la casta infancia, y sobreviven
á la extinguida fe. Que puede el rayo
echar por tierra el centenario roble,
mas no arrancarlo de raíz.

II.

¡Cuán fiero,
cuán amargo es el tránsito del alma
que deja el seno de la fe, y se acuesta
en el lecho de espinas de la duda!
Penas, insomnios, sombras y terrores
le asaltan en monton, y son sus dias
negros como el pesar; la sed le abrasa
y no encuentra raudal que la mitigue;
su pensamiento es un puñal que lleva
en la conciencia hundido, y tiembla y llora.
Quiere rezar y su rebelde labio
se niega á la oracion, alza los ojos
y ve el cielo sin luz, demanda auxilio
y muerto el eco á su clamor parece:
es como nave náufraga perdida
en proceloso mar y en noche oscura,
á punto ya de sucumbir. El triste
y atormentado espíritu del fraile
sintió esta angustia punzadora. En vano
quiso escapar del riesgo: fuerte nudo

le sujetaba al empinado risco
cual si arraigase en él. Sobre su frente
la vision melancólica extendía
su abrumadora diestra, á cuyo peso
la débil alma se doblaba, como
endeble ramo bajo el propio fruto.
Con hondo horror del polvo de los siglos
alzarse vió las osamentas rotas
de cien generaciones, que en revuelto
y animado tropel le amenazaban,
fijando en él sus órbitas vacías
y gritando con ira inextinguible:
—¡Apóstata, traidor!—

III.

Bajo el influjo
de tan contrarios sentimientos, ciega
y trastornada el alma soñadora,
perdió el sostén, y con pasmoso estruendo
rodó de la alta cumbre en que se erguía.
De roca en roca, como alud que baja
de inaccesible monte derrumbado,

con ímpetu cayó, no conocido,
hasta los bordes de la inmensa sombra
que llenaba el abismo pavoroso
bajo sus piés abierto. ¡Oh perdurable
y terrible caída, que recuerda
la de Luzbel desvanecido! ¡Nunca
llegará el alma despeñada al fondo
de la insondable sima! ¿Tiene acaso
la duda fin y límite el anhelo?—
En vano el monje en las cortantes grietas
buscaba apoyo, y contener quería
su rápido descenso, como el ave
que herida en el espacio y moribunda,
con las últimas ánsias aletea.
A la presion de su insegura mano
los peñascos cediendo, con medroso
estrépito tras él se desprendían,
cual si al romper su agobiadora cárcel
el ígneo monstruo que oprimido gime
en las entrañas de la tierra, el mundo
hecho pedazos á su Dios lanzara.
Aquella ingente mole de granito
aglomerada por los siglos, obra

del misterio y la fe, con ronco estrago
se estremecía en su inmutable asiento,
y el alma al par con las hendidas peñas
que arrancaba de cuajo la convulsa
revolucion del monte, desolada
en la noche sin fin se sumergía.
Los enormes fragmentos de la roca
que á su paso saltaban, impelidos
por fuerza oculta en progresion creciente,
ante su vista atónita tomaban
fantásticos contornos, y en el aire
cambiaban sin cesar. Góticos templos,
labrados claustros, toscas esculturas,
altares y sepulcros, en ruidoso
remolino de escombros le seguían,
como si el orbe todo desquiciado,
detrás del alma al precipicio fuera
llevado por el vértigo.

IV.

En su rudo
y estéril batallar, oyó en la altura

una gran voz que, dominando el sordo
fragor de la catástrofe, clamaba:
—¡Vencí, vencí, vencí! ¡La tierra es mía!—
Al escuchar tan formidable grito,
que como el són de la final trompeta
retumbaba en la tierra y en los cielos,
cayó el doliente espíritu en insano
y profundo estupor, cerró los ojos,
para no ver la temerosa ruina
donde iba envuelto, y desde aquel instante
nada vió, nada oyó.

V.

Mas ¡ay! apénas
se sobrepuso á su mortal congoja,
preso en el cuerpo que dejó en el coro
abandonado como prenda inútil,
se halló otra vez, absorto y confundido.
En el humilde lecho de su celda
postrado estaba el mísero, y los monjes
con solícito afan le rodëaban.
Incorporóse con terror, clavando

en ellos la mirada escrutadora,
como el que, salvo del peligro, empieza
á darse cuenta de él. —¿Dónde estoy, dónde?—
tímido preguntó. Sereno y grave
llegósele el Guardian: —Dad, hijo mio,
gracias á Dios—le respondió apacible—
que os apartó del borde de la fosa.
Habeis estado como muerto. —¡Y muerto
estuve! ¡oh Padre! —el infeliz repuso. —
¡Ya no soy lo que fuí! Pesa en mis hombros
la grosera cogulla, y me avergüenza
mi antigua sumision. ¡Rompo mis lazos!
¡Cobro mi libertad! ¡Nazco á la vida!
—¡Calla, blasfemo! —El superior gritóle
con alterada voz, miéntras dudusos
los frailes se alejaban repitiendo:
—¡Loco debe de estar! —Mudo y sombrío
inclinó el triste la rugosa frente
y quedó en su dolor como abismado.
Hasta que al fin, alzando de improviso
la vista hácia el Guardian, que al pié del lecho
con paterna inquietud le contemplaba,
—¡Padre—le dijo—el hábito me quema

y le arranco de mí! ¡Dios me ilumina!—
Despavorido y trémulo el anciano
con voz entrecortada por el lloro,
—¿Qué intentas, dí?—le preguntó.—Y el fraile
irguiendo la cabeza en són de lucha,
—¡Vencer á Roma!—contestó.—¡Eso quiero!—
El venerable religioso entónces
tendió sobre él la mano temblorosa
y con torvo ademan gritó:—¡Anatema!
Ya que indomable orgullo te desliga
de nuestra santa fe, siglos y siglos
la maldicion del cielo te persiga!—

FIN.

NOTAS.

1.ª

No fijo ni determino el año del siglo xvi en que mi poema se desenvuelve, porque equivaldría á dar valor histórico á una creacion puramente fantástica; pero claro es que no habría podido ocurrir sino algun tiempo ántes de que Martin Lutero se hubiese resuelto á presentar sus noventa y cinco proposiciones contra el abuso de las Indulgencias, y principalmente contra el imprudente tráfico que con las bulas hacía Juan Tetzel, dominico de Pirna, comisionado por el Arzobispo Elector de Maguncia, para expender las que correspondían á Alemania y recaudar su importe.

2.ª

He procurado representar en el cuadro á que se refiere la presente nota la poderosa influencia que ejerció en el crecimiento de la reforma el estado de relajacion moral y de ignorancia presuntuosa á que había llegado el clero regular de toda Europa en aquellos tiempos calamitosos. Mucho ántes de que Lutero se declarara en rebelion abierta contra Roma, y quizás cuando todavía no había pensado en lanzarse por el camino que despues

siguió hasta el fin, habíase levantado una protesta general en toda la cristiandad contra el abismo de corrupcion, de codicia y de libertinaje en que había caido el elemento religioso de aquellos tiempos, y muy singularmente el monacal. Aprovecháronse de la revolucion que Lutero iniciaba los apetitos desordenados, las pasiones mal contenidas en el claustro, la perturbacion espantosa de las costumbres eclesiásticas—como en la Edad presente se aprovecha la demagogia de las libertades públicas que ha traido el generoso progreso de los tiempos—para romper todo freno y ofrecer el concurso de muchos frailes apóstatas y lividinosos á una doctrina que abolía el celibato del clero, prescindía de la Gracia y declaraba inútiles las buenas obras, las mortificaciones de la carne y la virtud regeneradora de la penitencia.

[illegible] naturally does good works. Works are not meant [illegible] to gain merit. They are done spontaneously - with[illegible] of reward.

3.ª

Es costumbre tradicional en la poesía y en la pintura la de presentar con feos colores y horripilante aspecto las visiones de la tentacion. En este punto he querido apartarme de la práctica establecida, porque creo que para que haya algun mérito en desoir las sugestiones de la culpa, es menester que ésta se nos muestre insinuante, hermosa, é irresistible. Sin poseer, por desgracia, la virtud inquebrantable de San Antonio, tengo para mí que la mayor parte del género humano habría rechazado, como el glorioso anacoreta, el halago y la seduccion de los caprichosos monstruos que le asaltaron en el desierto, segun se ve en los cuadros de Bosch, Breughel y Teniers y en las estampas de Schöngauer y Callot. Pinto la duda hermosa y atractiva, porque en realidad lo es. ¡Ojalá no lo fuera tanto!

4.ª

La humanidad ha caminado, y probablemente caminará hasta la consumacion de los siglos, entre dos hipótesis y dos términos, que siempre se resistirán á su inteligencia; la hipótesis luminosa que afirma, y la hipótesis oscura que niega, ámbas cerradas á la razon, aunque la primera no lo esté á la fe, con cuyo auxilio eficaz el espíritu se eleva á Dios, le conoce y confiesa, le admira y le ensalza. En el terreno de la controversia humana Dios es impenetrable, y si no lo fuera dejaría de ser Dios, porque su omnipotencia infinita no cabe en los estrechos límites de nuestro pensamiento.

En el órden de los hechos y en la sucesion de los siglos la humanidad marcha tambien entre dos términos igualmente invisibles: lo porvenir que ignora y lo pasado que olvida. La Providencia divina sólo entrega á nuestro conocimiento el minuto presente, y lo poco que cabe en el reducido marco de la Historia.

Estas dos hipótesis y estos dos términos son los que he tratado de representar en la abrupta roca á donde, en compañía de la Duda religiosa, trasporto el alma de Lutero. Confieso que la materia es demasiado abstrusa para la poesía, y pido perdon al lector por no haber sabido sustraerme á la tentacion del asunto.

5.ª

La estatua de Moisés, que labró Miguel Angel por encargo del papa Julio II, revela la profunda admiracion que el insigne escultor sentía hácia la antigüedad clásica, y no sin razon se ha dicho de aquella obra maestra que

más que al rígido legislador hebreo, parece representar á Júpiter Olímpico.

Respecto de Rafael Sanzio, nadie ignora que su querida, la Fornarina, le sirvió con frecuencia de modelo para pintar á la madre de Dios.

6.ª

Como es sabido, el renacimiento pagano que la invencion de la Imprenta y la caída del Imperio bizantino desarrollaron en el Mediodía de Europa y sobre todo en Italia, llegó en Roma y en Florencia á su mayor apogeo en el siglo de Leon X. Las letras, las artes, las ciencias, hasta las costumbres, que fueron entónces descaradamente licenciosas sufrían la influencia de aquel movimiento anticristiano. El cuadro que de esta época trazan los escritores ortodoxos, me ha servido con las necesarias atenuaciones que el respeto de las cosas sagradas me inspira, para trazar el mío, y pueden convencerse de esta verdad, sin ir más léjos, cuantos lean ó recuerden lo que sobre tiempos tan corrompidos refiere César Cantú en su *Historia universal*, obra eminentemente católica, que anda en manos de todos.



